

tirá correr un sosegado rio, cuyas eternas aguas jamas se han mostrado sobre la tierra, ni della nueva alguna tienen los mortales, donde si las deidades de los montes te concedieren venir, hincada la siniestra rodilla en tierra, con grande veneracion adora el inviolable bulto en cuyas entrañas tales maravillas moran. Y habiendo llegado al pie de un envejecido árbol que con revueltos brazos la mayor parte de aquella cueva ocupa, si al vulgo puede darse crédito, verás en sus hojas los fantásticos sueños pegados con las diversas imágenes y colores que de noche nos aparecen, porque de allí cual manada de resplandecientes avecillas en faltando la luz salen volando por el mundo, y despues de habernos representado las diferentes comedias que sin claridad alguna vemos invisibles, se vuelven á su lugar. Tú desde aquí, habiendo primero invocado en tu favor las flacas cabezas de los muertos, de improviso serás visto llevar por caminos jamas de mortales pies tocados, á veces entre la escuridad, pasando grandes montañas de resplandeciente fuego, y á veces altísimas sierras, que lloviendo de encima de sí infatigables rios hinchen de espantosas lagunas aquellos escondidos campos, donde sin duda podrás ver la fuente del inmenso mar que sobre la tierra se descubre, nacido de aquellas mismas aguas que no otra cosa parecen que amargas lágrimas de los que allí en eterna memoria suya las depositaron. Mas,

¡ó admirable cosa de decir! que así tú volando por aquellos oscuros aires poco á poco sentirás caerse de tu corazon el dolor que ahora te aflige, como el agua sentimos caer de las nubes, ya con el templado viento derretidas, y suelto de tan ásperas prisiones á deshora aparecerás sobre la tierra, no de otra manera que la enroscada culebra desnuda del antiguo pellejo al nuevo rayo del sol sale resplandeciente y lustrosa de entre la yerba, donde el hielo de la mañana la tenia encogida y amortiguada. Mas si á tanto como eso no te bastare el ánimo, y de las temerosas figuras asombrado tendido te quedares en la arena, no por eso desconfiado de remedio vuelvas el pie atrás, antes de nuevo con humildad adora las encubiertas ninfas que allí en eterno silencio moran, y pidiéndoles licencia para tocar sus inmortales ondas, tres veces llegarás un solo dedo al agua, y otras tantas el mojado dedo á la boca, y lavándote nueve veces los ojos cada vez, sin volver el rostro atrás darás tres pasos por la ribera arriba, y cinco por la ribera abajo, porque del número impar se gozan los mágicos dioses, y no tan presto estas nueve estaciones habrás cumplido, cuando desnudo de tus mortales cuidados, descargado te sentirás de un gran peso y como de otro mas perfecto ser vestido, aclarando poco á poco el viento una dudosa luz, y poniendo á las imágenes de las cosas unos colores y figuras, así imperfectos y delicados co-

mo los que de muy léjos se miran, hasta que cayéndose de todo punto las tinieblas de tus ojos, las cosas que antes detrás de cortinas juzgabas, allí las conocerás cada una en su perfecto valor, sin que estimes mas las cabras que los majuelos, ó las cabañas menos que los cortijos te deleiten: mas una cosa advierte, pastor, que por mucha hambre que allí sufras no llegue cosa á tu boca si de inmortales prisiones detenido no quieres morar eternamente por aquellos campos, ni de tu voluntad pases las invisibles ondas, aunque para ello amigablemente te convide un envejecido barquero, que por aquellas riberas es fama que anda pasando en su carcomida barca las desnudas almas que sueltas de los mortales ñudos por allí van á buscar nuevas selvas y mundo mas permanente; mas tú siempre con pie firme en la orilla no hagas mas que considerar los muchos que de la otra parte pasan, y los pocos que vuelven, ora sea de poderosa mano detenidos, ó que el descanso de la tierra á mayor deleite les convide: con lo cual, Felicio mio, confio en los inmortales dioses que allí tu dolor para siempre quedará encantado. Mas si esto por algun oculto juicio no saliere así, todo lo vence el amor, y al amor tambien nosotros nos rindamos. Y ahora, en tanto que el cielo ordena lo que mas á nuestro provecho conviene, por ver si con algun manjar te puedo hacer menos triste, soy contento de descolgar segunda vez mi olvidada

zampoña del seco tronco, donde la fuerza del tiempo la puso; y aunque á mi resfriada sangre semejante oficio no pertenezca, cantaré algo que á mi primera edad se remede, no de otra manera que en mis primeros años, cuando en mí la memoria era mas firme, lo aprendí. Así dijo, y tocando uno de nosotros su zampoña desta manera cantó:

ARISTEO.

De Tirsis y Damon el dulce canto,
 Que en otro tiempo oyeron estos pinos,
 Y á Erifile divina puso espanto,
 Y por entre los robles mas vecinos
 Las ninfas asomaron las cabezas
 Suspensas á cantares tan divinos;
 Y las selvas, desnudas de fierezas,
 Por aquel breve espacio se vistieron
 De mayores frescuras y riquezas:
 Al fin cuanto estos árboles oyeron,
 Y lo que con suspiros y con llanto
 En sus verdes cortezas escribieron,
 Si el cielo diere fuerzas para tanto,
 Cantaré aquí y escribiré entre flores
 De Tirsis y Damon el dulce canto;
 Dos pastorcillos que entre los pastores
 A cantar y tañer acostumbrados,
 El menor fuera aquí de los mayores.
 Así cantar se oyeron por los prados,
 Que por oír las vacas sus canciones
 En la boca olvidaron los bocados.

H

Damon, á quien en todas perfecciones
 Hizo el cielo cumplido y acabado,
 Así sembró en las selvas sus razones.
 DAMON.
 ¿Que haces, dí zagal aquí sentado?
 Piensas que no podrá, si en él te cebas,
 Acabarte en un hora tu cuidado?
 ¿Dejaste de cojer las flores nuevas,
 Y de álamos tejer una guirnalda,
 Por hacer en tu mal costosas pruebas?
 Mira del monte la estrellada falda,
 Que estrellas juzgarás que son sus flores,
 Y su yerba finísima esmeralda:
 Mira que ya en el campo los pastores
 Sienten que la florida primavera
 Resucita en las selvas sus primores.
 Yo quiero ahora desta blanca cera
 Remendar mi zampona; tú carillo,
 Préstame, si querrás, tu podadera,
 Que de aquí me han hurtado mi cuchillo,
 O lo dejé dó ayer corté un cayado,
 O lo perdí quizá cogiendo un grillo.
 Donde quiera que esté, lo habré buscado,
 Si no llueve esta tarde como suele,
 O me asombra algun lobo mi ganado.
 Mas tú pastor, que el cielo te consuele,
 Y en el ardiente y caluroso estío
 Erifile tu lengua y labios hiele,
 Mientras al fresco y apacible frío
 Que corre aquí templamos los ardores
 Del sol al pie deste laurel sombrío,

Canta, pues cantar sabes tus dolores,
 Que yo prometo en pago, compañero,
 De coronar tu cítara de flores.
 Y aun destas palmas tejeré un sombrero,
 Que si lo enramas de laurel precioso,
 Mas sombra te hará que un roble entero.
 Tambien allá en un valle temeroso,
 Donde canto de ave no se oía,
 Que turbase su acento sonoro,
 Y el mundo entre dos luces parecía
 Estar suspenso, ni la noche vuela,
 Ni se puede decir perfecto el día,
 Sin golpe oirse de mortal azuela,
 Con un nuevo hocino de mi mano
 Labré de blanca haya una vihuela,
 El suelo y las clavijas de avellano,
 Las voces de laurel, y toda ella
 De talle y arteificio muy galano.
 Esta es tuya de hoy mas, porque con ella
 Espero que harás tal son al mundo,
 Que Apolo more en él de amores della;
 Y á tí en un nuevo canto furibundo,
 Tan trocada veremos tu llaneza,
 Que se ahogue el primero en el segundo.
 Ahora entanto que con la corteza
 Del álamo silvestre te entretienes
 Y escribes tu tesoro en su pobreza;
 Y en tanto que en los campos te detienes
 Y usas de las abarcas y pellico,
 Y de leche y castañas te mantienes;
 Y entanto que de amores pobre y rico

Haces reliquias de un favor liviano,
 Que se lo lleva un pájaro en el pico;
 Canta pastor, que el cielo soberano
 Al regocijo y al placer perdido
 Te vuelva como puede de su mano.

ARISTEO.

Esto es lo que cantó Damon tendido
 Sobre la yerba: ¿quien dirá, pregunto,
 Lo que de Tiris aprendió el ejido?
 Musas, decidlo vos, que á tanto junto
 Mi ánimo no basta, y fueron cosas
 Dignas de ni quitar ni añadir punto.

TIRIS.

Yo selvas cantaré las milagrosas
 Palabras que pudieran darme vida
 A ser mis penas menos poderosas.
 Ya que de entera luz toda vestida
 La luna sobre el mundo se descubre
 En purísimas llamas encendida,
 Aquí donde con negra sombra encubre
 La noche en sueño y lutos sepultada,
 La casta yerba que estas aras cubre,
 Primero una cordera degollada
 Con lumbre de laurel, y azufre puro
 Al silencio será sacrificada:
 De aquí comenzará nuestro conjuro,
 Y aquí no hay que esperar si no la muerte,
 El encanto es aquí lo mas seguro;
 Y porque tú con ánimo mas fuerte
 A semejantes cosas te apercibas,
 Atento ahora mi cantar advierte:

De un negro rio aquí las aguas vivas
 Tengo guardadas, para que con ellas
 Ciertas palabras en mi sombra escribas.
 De que serán testigos las estrellas,
 Y la noche que oyendo está su canto,
 Y la luna tambien que vuela entrelas;
 Y porque no te cieguen con espanto
 Las sombras de los dioses que vinieren,
 Forzados del apremio de mi canto,
 Así los que del aire decendieren,
 Como los que en sepulcros escondidos
 Están siempre escuchando á los que mueren,
 Con esta yerba claros y lucidos
 Te dejaré los ojos, que con ellos
 Podrás aun conocer los no nacidos;
 Y contando uno á uno tus cabellos,
 Si te hallares nones, de tus males
 Podrás creer que morirás por ellos:
 Mas si en tu dicha los hallare iguales,
 Sobre la tierra estéril y desnuda
 Contaré de tus huesos las señales.
 Luego dó el agua sin correr se muda
 Bañado nueve veces de mi mano,
 Con la raiz de la encantada ruda,
 Seguro cogerás por este llano
 Las yerbas de virtud no conocidas,
 Que en él nacieron su primer verano;
 Y con la vestidura desceñida,
 Y descalzo el un pié, y en la cabeza
 Esta corona de laurel ceñida,
 Irás diciendo, como yo, una pieza

Ciertos cantares, si hallares dina
 Tu lengua de cantarlos con pureza;
 Que en nuevas hojas de inmortal encina
 Escritos parecieron en el mundo,
 De oculta mano y de virtud divina:
 Bastante cada cual, sin el segundo,
 Para bajar la luna de su cielo,
 Y dar luz á las gentes del profundo,
 Encadenar los rios con el hielo,
 Abrir la noche y encerrar el dia,
 Y á las horas hacer parar el vuelo:
 Vestir nuestros collados de alegría
 En el invierno estéril, y el verano
 Las rosas ahogar en nieve fria;
 Y estos ya dichos, porque de tu mano
 Cojas la libertad entre las flores,
 Cual cogemos la fruta del manzano:
 Con tres velos diversos en colores
 Cercarás el altar, que ya encendido
 Con yerbas estará de tres olores:
 De la casta verbena y el florido
 Arrayan, y del rojo y tierno acanto
 En luna nueva de raiz cogido;
 Y sobre todo del encienso santo
 El humo llevará en los aires mudos
 Tu dolor á los reinos del espanto:
 Luego los miembros ligarás desnudos
 Desta imagen, que ves de limpia cera,
 Tres veces con tres lazos y tres nudos,
 Y atándola dirás desta manera:
 La que me tiene ahora así ligado

Ligada como yo de amores muera;
 Y tres veces aquello pronunciado,
 Tres veces cercarás el encendido
 Altar donde se abrasa tu cuidado;
 Que el número ternario es escogido
 De los sagrados dioses, y en su acento
 Cierta divino olor está escondido;
 Y á la imagen ligado el pensamiento,
 Así dirás poniéndola en la llama:
 Aquí contigo acabe mi tormento:
 Y encendiendo en el fuego aquesta rama,
 Filis, dirás, me abrasa en vivo fuego,
 Y yo en este laurel quien me desama.
 Y esto dicho verás que baje luego
 Buscándote por sendas escondidas
 Ciega, cual vives tú por ella ciego:
 Que estas yerbas de Arcadia son traídas,
 Allí tú las sembraste, Alfesibeo,
 Y á tí, Aretusa, te las dió escogidas:
 Allí nacieron, aunque aquí las veo
 Ya de verdor y fruto tan caido,
 Que no podrán cumplir algun deseo:
 Con su virtud en cisne convertido
 Ví su primer pastor, y con su canto
 Dejar de seco el campo florecido,
 Bajar los pinos á escuchar su canto,
 Trocar las mieses y encantar los rios,
 Y esto es lo menos, y lo mas no tanto.
 Estas cenizas y carbones frios
 Arroja por detras en la corriente,
 Y aquí van, dí, los pensamientos mios:

Mientras coges la brasa, un fuego ardiente,
 Tirsis, tenlo á señal y dicha buena,
 Hizo todo tu altar resplandeciente.
 No sé que puede ser, mi perro suena,
 Si viene Filis, si nos han burlado:
 Siempre juzgué por inmortal tu pena,
 Siempre el bien del amante es bien soñado.

EGLOGA SEXTA.

Si el largo razonar, las poderosas palabras, y el nuevo canto de Aristeo nos fueron de algun contento, cualquiera por sí lo podrá juzgar que á nosotros para solo alabarlo nos quedó licencia. Y viendo que ya las anchas espaldas del nevado Atlante hacian sombra á la mayor parte de la tierra, y nuestras ovejas hartas de pacer, acordándose de las majadas, con sus corderillos delante salian de entre los árboles, poniendo por entonces fin á nuestros placeres cada uno enderezó á su cabaña, donde en diversos ejercicios ocupados el dulce sueño con su universal reposo á todos nos dejó en igual silencio y quietud; y esta, no tan presto con la nueva estrella del alba huyó de nuestros ojos, sin haberse aun de todo punto declarado el dia, cuando en aquel alegre rato que las flores llenas de precioso aljofar, abriendo á los primeros rayos del sol los tesoros de su hermosura con olorosas voces alaban las celestiales lumbres, sacando mis cabras á los alegres pastos por donde el campo mas fresco parecia, poco á poco me fuí subiendo á la cumbre de un pequeño monte, y allí por mil partes derramadas ya entre las flores se escondian, ya por